

Disney

ALAS DE ENSUEÑO

ANNA BRIGHT

Traducción: Gema Bonnín Sánchez



Para Caroline, que tanto disfruta de ver a
Tinker Bell y a Periwinkle en «mariposa
Frozen», y para Annalise, cuya primera
palabra fue *hermana*.

PRÓLOGO



VERANO EN TIERRA FIRME

Las hadas de la Tierra de las Hadas no soñaban.

Lejos, en Nunca Jamás (la tierra de las sirenas y los piratas, de los gigantes, los niños perdidos y las hadas), ¿qué necesidad iba a haber de hacerlo?

En la Tierra de las Hadas la magia no era un destello fugaz que aparecía por la noche y se esfumaba con la llegada del alba. La magia era la realidad del día a día de las hadas, la base misma de su existencia, enhebrada en el tejido que conformaba la vida en la tierra. Estrictamente hablando, no era necesario soñar nada.

Pero fue algo más que la necesidad lo que asaltó a Periwinkle mientras surcaba el crepúsculo que se cernía sobre la frontera entre el Invierno y la Primavera. Una fina capa de nieve revestía tanto la palidez de sus hombros como su plateado cabello corto. El viento traía consigo la fragancia de la resina de los pinos y la escarcha, así como el graznido de un búho nívico en la distancia.

Como era un hada de la escarcha, Periwinkle no podía cruzar el puente que unía aquellas dos secciones del reino, pues sus alas invernales no durarían mucho bajo el calor del sol primaveral. Pero cuando flotaba en la frontera del Invierno de la Tierra de las Hadas se deleitaba en el aroma de las flores perennes de la Primavera, donde podía apreciar también el suave verdor de la hierba. Cuando se permitía el lujo de imaginar un poquito, veía mariposas y luciérnagas suspendidas en el aire como gemas y estrellas.

Periwinkle recalaba en aquel lugar cada vez con más frecuencia: a medio camino entre un mundo y el otro. Cautivada por... algo.

Le parecía que las fronteras, los límites, los confines y los espacios mixtos eran especiales. Tal vez porque era incapaz de predecir lo que deparaban, lo que podía suceder allí, qué podía aparecer. «Cosas encontradas», llamaba Periwinkle en ocasiones a aquellas pequeñas sorpresas. Baratijas y cachivaches inesperados.

No, no era la necesidad lo que llevaba a Periwinkle a la frontera. Porque su vida era divertida, libre, emocionante. Tanto ella como sus mejores amigas, Spike y Gliss, estaban llenas de ideas y de energía. Ella tenía el don de la escarcha, hadas de la naturaleza que llevaban el invierno a Tierra Firme al concluir el otoño, tarea para la que se preparan arduamente durante el resto del año. Todo el Bosque del Invierno las conoce y ellas conocen a todo el mundo (bueno, a casi todo el mundo) en el Bosque del Invierno.

Periwinkle adoraba a sus amigas, su don y el Bosque del Invierno. Eran unas hermosas constantes en su vida, como estrellas ancladas en el firmamento invernal.

Pero, al margen de lo mucho que Periwinkle apreciara y dependiera de sus estrellas guía, siempre andaba en busca de esas pequeñas sorpresas, movida por la perspectiva de dar con esas cosas encontradas y por una curiosidad que no hacía más que aumentar cuanto más la alimentaba.

Anhelaba encontrarse con la magia de lo inesperado.

Finalmente, fue allí donde la halló, en esa tarde estival en el Invierno, cerca de la frontera con la Primavera.

Por un momento, pensó que la pequeña y esponjosa protuberancia del suelo no era más que una florcita blanca que, seguramente, se habría desprendido de uno de los delicados árboles primaverales de hojas cerosas que todavía no había sucumbido a la gélida brisa del Invierno. Al acercarse, le pareció que era un copo de algodón, pero era imposible, dado que el algodón no podía crecer en una nieve que jamás se derretía, y además desprendía una luz iridiscente, como el trazo helado de un arcoíris.

Periwinkle aleteó con delicadeza hasta posarse en el suelo con un movimiento que espolvoreó la nieve alrededor de sus pies. Se agachó para tomar el pequeño bulto brillante...

—¡Cascabeles! —exclamó sorprendida cuando empezó a derretirse contra su piel.

Hacía un momento lo tenía en la palma de la mano mientras observaba su resplandor como si fuera un puñado de piedras preciosas, pero ahora había desaparecido, diluido en la palidez de su piel como hielo derretido.

Lo inesperado: visto y no visto.

¿O no?

Al principio, Periwinkle no sintió nada raro. Sus alas la llevaron de vuelta a casa como siempre, y tampoco percibió un cambio en el rendimiento de su don cuando, por probar, congeló la rama de un abedul en la linde del Bosque de la Escarcha.

Pero había una razón por la cual las hadas de la escarcha no debían deambular por la frontera. Por primera vez, Periwinkle se preguntó si no habría otro motivo más allá de la calidez del sol.

No era consciente de lo imposible que era controlar lo que sucedía en esos lugares intermedios, donde la realidad se entretejía con alguna que otra rasgadura en las reglas, donde lo ordinario podía alterarse hasta convertirse en algo extraño y fascinante.

Esa noche, Periwinkle tuvo su primer sueño.

La siguiente, el segundo.

Y con ellos llegó un nuevo espacio intermedio al que acceder.

Periwinkle estaba más que acostumbrada a remendar los agujeros y rasgaduras en las reglas con las que se regía la vida en la Tierra de las Hadas, pero la aventura que se le había presentado allí, en el corazón de la magia de los sueños, al final de los hilos de lo real, era, sin duda, extraña y fascinante.



ÚLTIMO DÍA DE OTOÑO EN TIERRA FIRME

El día antes de que las hadas del Invierno tuvieran que cruzar el Mar de Nunca Jamás, el Bosque de la Escarcha resplandecía como un diamante al sol invernal. La nieve y los témpanos de hielo lo cubrían todo, desde las ramas de los árboles hasta sus copas, como resultado de las prácticas y los ejercicios de preparación de las hadas.

Al día siguiente, Periwinkle y las demás hadas con dones y talentos invernales abandonarían su tierra para llevar su estación a Tierra Firme. Era el último día de otoño allí, el final de aquella temporada de luz dorada, ricas

cosechas, alfombras de hojas anaranjadas y rojas, y toda una serie de elementos que Periwinkle solo había podido atisbar en su etapa final.

Para marcar el cambio de estación, ella y sus amigas debían pastorear a los animales hasta los rincones de hibernación, quitar las últimas hojas de los árboles, cambiar el color de la tierra y el cielo, y hacer caer los copos de nieve en espiral desde las nubes para arropar al mundo con un manto de escarcha.

Con el invierno, los humanos se refugiaban en los interiores y la naturaleza se replegaba para dormir después de un largo año de crecimiento y creación. Las hadas que se quedaban en el Bosque del Invierno también podrían descansar: en cuanto las hadas de la naturaleza llegaran a Tierra Firme, comenzarían el Festival de la Helada para quienes se quedaban.

Pero ni Periwinkle ni sus amigas podían permitirse el lujo de descansar todavía. Tenían una ajetreada y emocionante temporada invernal frente a ellas, además de talentos que rescatar y desempolvar después de una primavera y un verano largos y perezosos.

Y, para eso, tenían que practicar.

—Preparados...

Gliss las iba contando una a una. Las alas de Spike rozaron las de Periwinkle con un ávido aleteo. Flotaba a su lado en un claro junto a sus dos mejores amigas, observando la luz del sol transformarse detrás de sus párpados cerrados.

—Listos...

Lo único que veía cuando cerraba los ojos durante el día era luz u oscuridad.

No sería sino hasta que los cerrara por la noche, dispuesta a dormir, cuando vería cosas completamente diferentes.

—¡Ya!

Periwinkle abrió los ojos. El Bosque de la Escarcha brillaba a su alrededor, con sus árboles de hoja perenne y abedules plateados rodeados de maleza congelada y estanques helados. Una brisa tras ella le indicó que Gliss y Spike habían echado a volar en direcciones opuestas del bosque. Spike hacia el Claro del Enebro y Gliss hacia la Plaza de la Luz Nívea.

Cuando Periwinkle giró hacia el lado del bosque que daba al Monte Domo de Nieve, recordó que también había estado en el Bosque de la Escarcha la noche anterior... en sus sueños.

Al principio, todo lo relacionado con los sueños le resultó confuso, y los pocos libros sobre sueños que tenían los humanos y que había procurado consultar en secreto en el Salón del Invierno no le habían aclarado gran cosa. Pero ahora sus sueños tenían más sentido. Parecía que la mayoría tomaba aspectos de su vida diaria, para luego deshacerlos y reconstruirlos en una historia con una lógica distinta.

Con Gliss y Spike habían practicado todos los días de las últimas semanas, así que era de esperar que soñara con eso por las noches. Solo que en sus sueños, cada vez que intentaba congelar un árbol o un arbusto, lo recubría con azúcar en vez de nieve. Se había vuelto completamente loca intentando crear escarcha para descubrir que lo único que había conseguido era glasear un pino.

Al recordarlo, Periwinkle comprendió por qué anheló un rollito de canela de la pastelería de Lattice en cuanto abrió los ojos.

Qué raros eran los sueños. Pero qué maravillosos, también.

En los márgenes del claro, el primer árbol que alcanzó fue un abeto de cuyas hojas en forma de aguja se desprendía un aroma especiado. Al posar las palmas en él, Periwinkle sintió que su magia despertaba y se expandía

como si estuviera exhalando un suspiro antes de que una reluciente capa de escarcha revistiera las agujas, las ramas y el tronco del abeto.

Al cabo de un segundo, lo dejó atrás. Le tocaba el turno a un esbelto abedul plateado, y después a un grupo de arbustos. En lo alto de los árboles, otras hadas ponían en práctica sus dones: las de los copos de nieve desplegaban capas de nieve sobre la corteza o cincelaban copos que caían al suelo dando volteretas, mientras que las que tenían el talento de los carámbanos y témpanos de hielo practicaban colgándolos de las ramas, relucientes y cristalinos.

Periwinkle volaba sin parar, atravesando el bosque en línea recta mientras escarchaba todo lo que se interpusiera en su camino. Casi la totalidad del Bosque del Invierno estaba ya cubierto de hielo y nieve, pero Periwinkle y sus amigas estaban aprovechando hasta la última ocasión para ejercitar la velocidad y desatar la energía necesaria para escarchar campos y bosques, casas y pueblos.

—¡Hecho! —anunció Spike a lo lejos, pero acercándose cada vez más, de vuelta a la explanada en la que habían empezado.

—¡Yo también! —vociferó Gliss, a lo que siguió una breve pausa—. ¿Periwinkle?

—¡Hecho! —informó Periwinkle un segundo después; se había distraído.

Regresó guiada por las voces de sus amigas, y una pequeña chispa se encendió en su corazón al ver que la estaban esperando.

Eran las de siempre. Solo Periwinkle, que guardaba en secreto esa nueva faceta onírica de su vida, había cambiado.

Las chicas trabajaron en el Bosque de la Escarcha el resto del día, mejorando su técnica cada vez que tenían oportunidad. A veces trabajaban solas.

Otras, juntas. En ocasiones, se centraban en mejorar la velocidad en caso de que un humano apareciera; otras, priorizaban la atención al detalle.

Para cuando el bosque se sumergió en el océano de púrpuras y violetas del crepúsculo, ya se sentían preparadas. Spike y Periwinkle debatían acerca de un truco que habían usado sobre un grupo de helechos cuando Gliss interrumpió la conversación con un susurro cargado de urgencia y su plateada cola de caballo agitándose sin parar, como si sintiera la misma emoción que su dueña.

—Peri, Peri, allí. —Gliss señaló algo detrás de ella, en dirección a un macizo de abetos. Sonreía ampliamente—. Mira. Es Fletcher, con los chicos.

Fletcher. Periwinkle suspiró.

—No mires, ¡no mires! —le susurró a Spike, que, cómo no, miró.

Spike puso los ojos en blanco.

—Oh, no, Periwinkle, pero si es el duende más lindo del Bosque del Invierno. Oh, no, que todo el mundo deje lo que está haciendo y pierda los estribos —dijo ella sin molestarse en bajar la voz.

Periwinkle quiso que se la tragara la tierra.

—¿Quieres que te oigan hasta en las estaciones cálidas o qué? —siseó.

Pero era imposible convencer a Spike de que fuera sutil. Así que cuando Gliss empezó a dirigirse hacia los chicos, Periwinkle se obligó a darse vuelta para ver cómo saludaba a Aguanieve y Trineo. Y, por supuesto, a Fletcher, amigo de Trineo.

Aguanieve fue el primero en bajar de su tabla de snowboard, con su característica sonrisa relajada. Su don tenía que ver con los glaciares, pero, a juzgar por lo desaliñado de su pelo y lo descuidado de su ropa, no parecía que hubiera estado practicando mucho.